

TEMORES Y ESPERANZAS

DE LA RELIGION,

*Auferetur á vobis regnum Dei,
et dabitur genti facienti fructus ejus.*

Os será quitado á vosotros el reino de Dios, y dado á gentes que rindan frutos de buenas obras.

Mat. XXI, 43.

TAL era la amenaza que en otros tiempos hacia el Salvador del mundo á aquellos judíos obstinados que oponían el orgullo del entendimiento á la verdad de su doctrina, y la corrupcion del corazon á la santidad de su moral; les anunciaba que por su resistencia á la luz divina merecian ser privados de ella; y que en efecto iria á alumbrar á pueblos mas dóciles que sepultados hasta entónces en las sombras de la muerte, saldrian por fin de las tinieblas

TEMORES Y ESPERANZAS DE LA RELIGION. 201
de sus errores y del cieno de sus vicios: *Auferetur á vobis regnum Dei.*

Esta parábola tuvo bien pronto un triste y fatal cumplimiento, y llegó en efecto el momento en que el pueblo de Dios cesó de serlo, y en que los hijos de la promesa fueron reemplazados por los del extranjero. Pablo y Bernabé reciben la orden de predicar el Evangelio á los gentiles, salen de la Judea pronunciando contra aquellos esta especie de maldicion: „Mas ya que rechazais la palabra de Dios, y os juzgais vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos á predicar á los gentiles, que así nos lo tiene ordenado el Señor;” y [1] he aquí que los pueblos envueltos ántes en las mas densas tinieblas del paganismo, ven salir para ellos el sol de verdad y de justicia, miéntras que el pueblo querido de Dios hasta entónces cae en la mas profunda ceguedad, herido de un anatema que aun hoy está pesando sobre él.

¿Y habrán llegado acaso para la Francia estos dias de reprobacion? ¿Habrémós á fuerza de impiedades contra Dios y contra su Cristo de desprecio á su santa religion y de ingrati-

[1] Act. Apost. XIII, 46 y 47.

tud por tantos beneficios milagrosos, cansado la paciencia divina, merecido ser desechados para siempre; y por haber ultrajado tan indignamente la fe, verla huir léjos de nuestras tierras para dejarnos entregados á disensiones é incertidumbres, y á las opiniones vanas y frecuentemente insensatas de una razon débil y orgullosa? O por el contrario, ¿deberémos aguardarlo todo de la divina misericordia, y esperar que los insultos y las impiedades habrán desaparecido á los ojos de la eterna justicia por la adhesion y las virtudes de los verdaderos fieles, y que la antorcha de la fe oscurecida por tanto tiempo volverá á aparecer mas luminosa á la manerá que el astro del dia aparece mas brillante despues de una negra tempestad? ¿Continuará la Francia siendo el reino cristianísimo, ó dejará de serlo? No es dado al hombre decidir completamente esta cuestion; pero no será inútil examinarla. ¿Debemos esperar que se conserve la religion en este reino, ó temer que se pierda en él? Estos dos puntos serán la materia del presente discurso. Conociendo cuan fundadamente debemos temer que desaparezca la fe de entre nosotros, nos penetraremos de la necesidad de salir de nuestro letargo; de tomar medidas sabias contra los peli-

gros que nos amenazan, y los medios mas eficaces para evitar el naufragio; y sabiendo los motivos que deben inspirarnos esperanzas consoladoras, nos sentiremos sostenidos y animados para obrar el bien por la confianza en la divina misericordia, y estaremos mas dispuestos á corresponder á ella para continuar mereciéndola.

No está ciertamente al alcance de un ser limitado como el hombre conocer y analizar en toda su extension y perfeccion los designios de aquel que vive y reina en la eternidad. Los pensamientos de Dios no son como los nuestros, y nuestro deber es adorarlos sin comprenderlos; pues como dice el Sabio, el que quiera sondear temerariamente la magestad de Dios, será oprimido con el peso de su gloria: *qui scrutator est majestatis, opprimetur á gloriâ* [1]. Pero, ó Dios mio, vos que nos habeis revelado en vuestros libros santos verdades tan sublimes, que os habeis dignado manifestaros vos mismo á los hijos de los hombres, conversar familiarmente con ellos, y descubrirles una parte de vuestros divinos secretos, no os ofendais, Señor, si reconcentrando ahora las luces de la fe

(1) Prov. XXV. 27.

y las de la experiencia, intentamos con su auxilio, conocer alguna parte de vuestros desig-
nios sobre la Francia, no por un espíritu de va-
na curiosidad, sino para mas humillarnos y aba-
tirnos bajo de vuestra mano poderosa, ora nos
hiera en su justicia, ora nos perdone en su mi-
sericordia.

No, señores, no deben faltarnos temores acer-
ca de la suerte de la religion en nuestra patria;
no por esto nos entreguemos á terrores vanos,
pero tampoco nos dejemos arrastrar de ideas
presuntuosas. Conozcamos el mal para buscar
su remedio; y el temor mismo de ver perdida
la fe en nuestro pais haga que se reanime nues-
tro celo para conservarla en él.

Los motivos de mi temor son la antigüedad
misma de la fe entre nosotros, el estado actual
del sacerdocio, y el espíritu de impiedad y de
indiferencia de nuestros dias.

Antes de la fundacion de la monarquía fran-
cesa se habia ya introducido en las Galias la
religion cristiana, y cuando Clodoveo la hizo
subir con él al trono de los Francos, reinaba ya
en las provincias y en muchas de las ciudades
florecientes de que hoy se compone este her-
moso reino. Desde aquella época memorable en
que Clodoveo era el único príncipe católico del

universo, nuestra nacion ha sido constantemen-
te gobernada por espacio de catorce siglos por
reyes católicos, ejemplo único en los anales del
mundo. ¡Oh! cuán venerable es por su misma
antigüedad esta Iglesia de Francia rociada ya
desde el segundo siglo con la sangre de tantos
mártires en las ciudades de Lyon y de Vienne,
esta iglesia que se extendió insensiblemente por
todas partes con tanta gloria, á la que ilustra-
ron sucesivamente de edad en edad tantos san-
tos y grandes personajes, y que por medio de
inestimables servicios hechos no solamente á
las costumbres, sino al gobierno, á la agricul-
tura, á la educacion, á las letras y á las cien-
cias, ha pagado con usura la proteccion que re-
cibia del Estado! Pero esa misma antigüedad
en que consiste su gloria, esa es la que causa
mis temores; y la historia de su gloria pasada,
de sus antiguas virtudes y de su larga duracion
es precisamente lo que me infunde recelos pa-
ra lo futuro. Todo decae en el mundo presen-
te, y la caída de cuanto en él parece mas sóli-
do y duradero nos manifiesta continuamente la
caducidad de las cosas humanas. ¡Cuántas igle-
sias particulares han desaparecido acaso para
siempre despues de haber brillado sobre la tier-
ra! En ellas se entibió su favor primitivo; la

santa severidad del Evangelio fué sustituida por la molicie de las costumbres; las heregias vinieron á perturbarlas, y rompieron la unidad de su fe; se debilitó esta, y por último se apagó enteramente. ¿Y no toca acaso nuestra Iglesia despues de tantos y tan hermosos dias á los dias de tinieblas, y de una desolacion interminable? ¿Qué es hoy de esas iglesias de Asia, de la Grecia, del Egipto, y de Africa resplandecientes en otros tiempos ó los ojos del mundo entero con el brillo de su fe y de sus luces? ¿Adónde estan ahora aquellas iglesias que hicieron ilustres los Atanasios, los Gregorios Nacianenos, los Basilio, los Crisóstomos, los Ciprianos y los Agustinos? ¡Ah! ya no existe de ellas mas que gloriosos pero tristes recuerdos. ¿Las iglesias del imperio griego no han consumado en el siglo XI despues de muchas turbulencias y perplejidades un cisma deplorable que aun hoy dura? Esas grandes iglesias del Norte de nuestra Europa ¿no han abjurado tambien su antigua fe en siglos mas próximos, separándose en medio de calamidades horribles de esa Iglesia madre, cuyas divinas prerogativas habian reverenciado hasta entónces? ¿Y eran acaso, decidme, mas culpables que nosotros los cristianos de las iglesias que acabo de

nombrar? ¿Merecieron mas que nosotros ser desamparados y abandonados al espíritu del error? ¿Estaba mas colmada que la nuestra la medida de sus prevaricaciones? ¿Habia oculto entre ellos mayor número que entre nosotros de almas indóciles, débiles, corrompidas y dispuestas á la desercion? Esto es un secreto de la Providencia, no intentemos penetrarle.

No nos engañemos á nosotros mismos dando á las promesas divinas una extension que no tienen. Soplen enhorabuena embravecidos los vientos, y desencadénense con furor las tempestades contra la iglesia universal; yo nada temeré por ella, porque creo en la palabra del que ha dicho: „Id pues, é intruid á todas las „naciones, y vivid ciertos de que yo estaré siempre con vosotros hasta la consumacion de las siglos [1].” Sea tambien violentamente atacada la Iglesia romana en particular, arrancados de ella sus pontífices, cargados de cadenas ó inmolados; tampoco concebiré temores por ella: podrán, sí, afigirme semejantes tempestades; pero siempre me inspirará seguridad la palabra del que dijo á Pedro y á sus sucesores en su reinado espiritual: „Tú eres Pedro, y sobre esta

(1) Matt. XXVIII. 19. 90.

„piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella [1].” palabras que se han verificado por espacio de mil ochocientos años por una serie de victorias conseguidas sobre los heresiarcas, los bárbaros y los perseguidores; pero la Iglesia de Francia no tiene promesas que le aseguren una duración eterna; no es mas que una porción de la herencia de Jesucristo, y cuanto mas ha resplandecido, tanto mas temo que sufra la suerte de las cosas de este mundo. y que la debilidad suceda en ella á la fuerza, el desmayo á la robustez, y la muerte á la vida.

Pase aun si todo se limitase á este motivo general de temor, y si no presentase la Iglesia de Francia, aunque tan antigua, señales particulares de vejez y de decadencia; pero considerad el estado en que se encuentra el sacerdocio, y en él hallaréis un motivo para temer fundadamente por la religion. En efecto la religion no se extiende ni se conserva en un pais sino por el celo y las lecciones de sus ministros; por ellos reina en los campos y en las ciudades; por ellos habla al oido y al corazon de los pueblos; y por ellos llega á ser la regla comun de la

[1] Matt. XVI. 18.

creencia y de la conducta: ellos son los que catequizan á la niñez, y dirigen á la juventud por entre los peligros que la rodean; ellos los que atraen á la edad mas avanzada á la consideracion de los destinos eternos, y ellos por último los que consuelan y animan á la vejez en sus últimos momentos. Pero si la mies es grande, y pequeño el número de obreros; si el trabajo de estos no basta para las necesidades de los pueblos, ¿no deberá esto causar sobresaltos para lo futuro, así como nos espanta en lo presente? ¿Y en la suposicion, que nada tiene de quimérica, de una grande escasez de ministros del altar, ¿cómo podrá la religion florecer y perpetuarse entre nosotros? ¿Y á qué consecuencias no nos expondríamos si no se remediase esta escasez de ministros? Cesarían ó serian mas raros los ejercicios del culto, y la ignorancia se haria mas comun; descuidadas entónces las cosas santas, llegarían á prevalecer el olvido, la indiferencia, el desprecio, el tedio y el horror, hácia la verdad, y se iria abandonando la práctica aun de lo mas sagrado hasta quedar de ello tan solo una memoria confusa; de aquí se originaria una mezcla extravagante de creencias piadosas y de opiniones supersticiosas, de prácticas laudables y de observancias ridiculas; se

envilecería el augusto semblante de la religion; desaparecería la santa magestad de nuestros misterios, y la fe decaería, hasta por último perecer, si pereciese el sacerdocio.

¿Y quién, señores, no se consternará á la vista de esa espantosa multitud de iglesias que carecen de pastor? ¿Quién no se afligirá al ver ese grande número de sacerdotes que sucumben al peso de los años sin haber quien los reemplace, ó que arrastrando su vida en medio de crueles enfermedades no pueden prestar sino muy cortos servicios; al ver á esos jóvenes ministros del altar, que agobiados cada uno en particular con un peso repartido en otro tiempo entre muchos, perecerán en la flor de la edad consumidos de fatiga? ¿Será pues cierto que en el reino cristianísimo hay quince mil plazas vacantes en el estado eclesiástico por falta de personas que las ocupen? ¿Quién llenará este inmenso vacío? La tumba está siempre abierta para tragar las víctimas que la muerte arrebató incesantemente al estado eclesiástico; y la lista que de ellas se publica todos los años llena de amargura nuestro corazón, sin que nos quede el consuelo de ver completamente reparadas las pérdidas del santuario. Es preciso decirlo: desde que despojada la Iglesia no ofrece ya á las fa-

milias, no diré riquezas, sino una subsistencia honrosa; desde que la suerte del sacerdocio es tan precaria é incierta, y está á la merced de los caprichos de los hombres ó de los sucesos; desde que se ve rodeado de sospechas odiosas, importunado por una vigilancia recelosa, perseguido por el odio, ridiculizado y hecho objeto del desprecio y de la irrisión pública, y tolerado mas bien que honrado; desde que se ha mirado como la obra maestra de la política el despojarle de toda prerogativa, desde que se han atrevido á acusarle de un espíritu de dominación porque procura perpetuarse, y de un espíritu de avaricia porque pide pan; en una palabra, desde que es el blanco de tantos ultrages y de semejante desamparo, ¿qué hemos visto mas que sobresaltarse las familias, no solamente en las clases elevadas, sino en las medianas, al notar en sus hijos el menor anuncio de un principio de vocación al sacerdocio; contrariarle en lugar de fomentarle, y designar con desprecio el estado eclesiástico como propio únicamente de la clase indigente? Y si continuasen disposiciones tan desfavorables, ¿cómo podrá el sacerdocio perpetuarse con dignidad, y ejercer en el ánimo de los pueblos una influencia capaz de conservar entre ellos la religion? Dentro de

algunos años habrán ya desaparecido los ancianos del episcopado y del sacerdocio, y con ellos todo lo que era capaz de darle autoridad, sin quedar mas que algunos restos diseminados, miéntras que hambrientos los pueblos por el alimento espiritual en vano pedirán el pan que da la vida, porque no habrá quien se le distribuya. Sentado entónces el genio de la impiedad sobre las ruinas de nuestros templos demolidos, podrá vanagloriarse de sus triunfos. ¡Oh iglesia de Francia! ¡Qué manos sacrílegas te han arrebatado tu esplendor y tu hermosura! ¡En qué abismo de desconsuelo te veo sumergido! Llevas, es cierto, en tu frente nobles cicatrices que te llenan de gloria; pero esas señales de tu valor son tambien las de tus desgracias. ¡A quién no enternecerán tus largos y crueles infortunios? Es cierto que yo no te he visto tan rica en doctrina y en virtud como en los tiempos de Bossuet, de Fenelon, de Berulle y de Vicente de Paul; pero te he visto ántes de la época de nuestros desastres floreciente todavía por el grande número de pastores dedicados á la instruccion de los pueblos, por tus escuelas sabias, por tus doctores llenos de conocimientos, y por todos los medios de perpetuar el ministerio evangélico, juntamente con la ciencia que debe ser pa-

trimonio suyo. ¡Ah! hoy te veo sentada sobre sepulcros como una viuda desconsolada llorando los ministros que has perdido, y temiendo que no hayan de tener sucesores. ¡Oh iglesia de Francia tan hermosa en otro tiempo entre todas las iglesias! ¿Te estará reservado tal exceso de oprobio y de esterilidad? ¡Ah! señores, tiemblen los que anhelan la extincion del sacerdocio; tiemblen ver cumplidos sus deseos! ¡Qué ceguedad! ¡No ven las calamidades que esto les atraería á ellos mismos, y que entónces caerian precipitadas en una misma sima la religion con el sacerdocio, y la sociedad con la religion!

¡Pero el mal que al sacerdocio toca curar, es acaso tan extenso y tan profundo que se le deba mirar como incurable? Examinémoslo: no es la barbarie, no es la ignorancia, no son los vicios ni los escándalos los que mas debe hacernos temer: no, señores, no faltan remedios contra la barbarie: el evangelio suaviza los genios feroces, somete al yugo del deber los caracteres mas agrestes, y la mas brutal energía se convierte á veces por él en un vigor favorable á la virtud. Así cuando los Francos cayeron sobre la Galia, ya en parte cristiana, el Evangelio lo civilizó, y la religion del pueblo vencido llegó

á ser la del pueblo vencedor. Tampoco faltan contra la ignorancia: es cierto que blasfema de lo que no conoce; pero cuando se le presenta la verdad, esta tiene siempre para ella el atractivo de todo lo nuevo, y no en vano brilla su luz en medio de las tinieblas. Cuando S. Cárlos Borromeo fué nombrado arzobispo de Milan, una parte de los pueblos y aun del clero que debia gobernar, estaba sumergida en la mas vergonzosa ignorancia; pero su celo la ilustró, y esparciendo por todas partes la verdadera luz, reanimó todas las virtudes. Los hay tambien contra los vicios y los escándalos: miéntras que la fe vive en las almas hay siempre un punto á que dirigirse: se les puede persuadir por medio de las promesas, ó aterrar con amenazas que estan muy lejos de mirar como un juguete. Despues de las largas y crueles disensiones que terminaron al advenimiento de Luis XIV al trono, y que habian introducido una lastimosa relajacion en las costumbres y en la disciplina, hombres suscitados por Dios, hablando en nombre de una religion olvidada mas bien que despreciada, renovaron el espíritu del sacerdocio y el espíritu del cristianismo, é hicieron del siglo XVII uno de los mas hermosos siglos que pueden presentar los anales de la Iglesia. La

historia de esta ofrece continuamente iguales ejemplos, y á cada paso nos presenta paganos convertidos, ignorantes ilustrados, y prevaricadores restituidos á la virtud. Pero ¿quién curará esa apostasía razonada de los cristianos que ultrajan la verdad despues de haberla conocido? ¿Quién curará esa incredulidad armada de sofismas contra la religion, y ese orgullo que rechaza la luz? Desde que el torrente de la impiedad rompió hace treinta años todos sus diques, no ha dejado de inundar la Francia entera, y aun infesta con sus aguas apestadas los campos lo mismo que las ciudades. ¡Ab! si á lo ménos retrocediese hoy horrorizada de sus propios estragos; si á lo ménos dejase á la religion trabajar en paz para repararlos.... Pero no, léjos de callar tiene sus tribunas, sus asambleas y sus apóstoles: habla por millares de bocas, de libelos y de periódicos que perpetuan sus blasfemias, sus irrisiones y sus calumnias, y que para hacer nuestro ministerio inútil y odioso inspiran hácia él, por medio de sus imposturas, el odio y el desprecio: jamas, jamas tan grandes obstáculos se han opuesto á nuestros esfuerzos.

¡Que espíritu el del siglo presente! ¡No forma una barrera inexpugnable al restablecimiento de la iglesia de Francia, y al triunfo del cris-

tianismo en nuestra patria? La religion supone la intervencion especial de una providencia enteramente paternal, que ha querido manifestarse á los hombres para ilustrar su ignorancia y para curar sus vicios; pero el espíritu del siglo es un espíritu de ateismo que no conoce á Dios mas que en el nombre, ó que si proclama su existencia es solo para blasfemar de su sabiduría, declarándola indiferente al gobierno de las cosas humanas. La religion se gloria y se apoya en el sufragio de esa multitud de hermosos ingenios que durante diez y ocho siglos la han profesado é ilustrado con el brillo del talento, del saber y de las virtudes; pero el espíritu del siglo es un espíritu de desprecio á la autoridad, un espíritu que no respetando nada de lo que ántes ha existido, no honra la memoria de las generaciones pasadas, así como tampoco ha perdonado sus sepulcros, y que parece creer que la era del entendimiento humano ha empezado hace solo treinta años. La religion exige un espíritu prudente y dócil; pero el espíritu del siglo es un espíritu de loca independenciam, que se creeria humillado por tributar adoracion á la Divinidad, ó que consentiria en abatirse ante los señores de la tierra con tal que tuviese libertad para blasfemar del Señor del cielo. La

religion exige del hombre la vigilancia sobre sí mismo y el imperio de sus inclinaciones desaregladas: su ley es una ley de sacrificios: enseña á vivir para los demas, y nos presenta en un porvenir inmortal la recompensa de los esfuerzos y de los combates de la virtud; pero el espíritu del siglo es un espíritu de egoismo que no tiene mas Dios que las riquezas, mas moral que el interes, mas culto que el placer, ni mas esperanza que la nada. Ahora, señores, yo os pregunto: ¿presentan nada semejante los siglos pasados? ¿Ha tenido que luchar el cristianismo en ninguna época contra enemigos tan poderosos? En efecto, ¿cuáles han sido sus enemigos hasta ahora? Lo han sido los idólatras; pero es mas fácil atraer infieles á la fe que restituir á ella á los apóstatas: ha tenido tambien perseguidores; pero la religion teme ménos la espada y el fuego que el insulto y el desprecio: tampoco han faltado hereges; pero aquellos novadores respetaban á lo ménos el fondo del cristianismo: han sido tambien enemigos suyos hombres licenciosos; pero no intentaban justificar con razones el escándalo, ni reducian el vicio á sistema: la han combatido tambien espíritus incrédulos; pero la incredulidad no dominaba el mundo sabio y literario: últimamente, los ateos eran muy ra-

rós y se ocultaban en la oscuridad: es pues única en los anales de la religion la época á que hemos llegado. Y ¿cómo podrá conservarse la religion en medio de tantas nuevas causas de ruina? ¿Qué podremos esperar en su favor? Esta es la segunda reflexion.

Exponiendo los motivos de temor respectivos á la religion hemos desempeñado la parte mas penosa del objeto que nos habíamos propuesto: ya es tiempo de tranquilizar vuestro espíritu con reflexiones mas dulces y consoladoras, exponiéndoos los motivos de nuestras esperanzas. Aunque los secretos de Dios sean impenetrables, nos deja sin embargo percibir á veces algunos rayos de luz, con cuyo auxilio adivinamos, digámoslo así, en lo que nos descubre aquello mismo que nos oculta, y son como avisos saludables que nos envia; así aun en medio de los sucesos inauditos de que hemos sido testigos, y en el tiempo mismo en que hemos experimentado los golpes de su justicia hemos recibido, á mi parecer, prendas seguras de su misericordia; de modo que si no debemos dejar de temer, debemos mucho ménos dejar de esperar. Estas prendas de seguridad son, en mi concepto, la conducta del episcopado frances, el regreso milagroso de la familia real,

y la actual disposicion de los ánimos: continuemos.

El poderoso arquitecto del edificio espiritual llamado Iglesia, le ha edificado poniendo por cimiento de él á los apóstoles y á los sucesores de estos en su santo ministerio. A sus primeros discípulos, y á los obispos como herederos de su divina mision, es en efecto á quienes confió principalmente el cuidado de enseñar á los pueblos, de conducirlos por los caminos de la verdad, y de defender el depósito de la doctrina contra los ataques del error. Cuando estos saben defenderla con valerosa fidelidad, todo debe esperarse; pero si tienen la debilidad de abandonarla, todo debe temerse; pues segun los designios ordinarios de la Providencia, la suerte de la fe en un pais depende del valor ó de la desercion de los que son sus primeros custodios. Recordad ahora cual fué la conducta de nuestros obispos hace treinta años. Fórmase el horrible proyecto de derribar al mismo tiempo el altar y el trono; y siguiendo la idea de dividir para destruir, se realiza una reforma del estado eclesiástico, en la que se violan sus mas sagrados derechos en las cosas de su jurisdiccion, y con una conducta no ménos hipócrita que nueva alaban hasta los impíos mismos los

días de la primitiva Iglesia, pretendiendo, segun decian, hacerlos revivir por medio de medidas que no podian producir sino sangrientas persecuciones. Pero ¿qué harán en este caso nuestros pontífices? ¿Darán oídos á la voz de la carne y de la sangre, y seguirán los consejos de una política mundana? ¿Debilitarán acaso su valor, y les harán sacrificar la causa de la fe intereses privados, el brillo de la dignidad, los hábitos de una vida dulce y cómoda, el amor tan natural al descanso, y el temor de arrojarse á peligros y desgracias sin fin? Ved aquí lo que podia temerse de muchos de ellos: pero no será así, no: tanto los ancianos como los jóvenes del episcopado forman una santa falange contra el enemigo comun; llega el momento del combate, interpélase en el seno de la primera de nuestras asambleas políticas á uno de nuestros pontífices que aun vive, y se le propone un juramento que su fe reprueba, pero se niega valerosamente á prestarle; son llamados otros despues de él, pero todos siguen su ejemplo; y convencidos entónces sus enemigos de que pueden, sí, perseguirlos, pero no vencerlos, desisten de un requerimiento que los llena de confusion. ¡Día inmortal, vivirás eternamente en los fastos de nuestra iglesia para gloria de la religion y ver-

güenza de la impiedad! ¡Qué hermoso espectáculo, señores, ver á ciento y treinta obispos superiores por su fe á todos los peligros, sacrificar su reposo á su conciencia, preferir el desierto á la apostasía, y morir víctimas del deber ó presentarse en las naciones extrangeras con toda la integridad de una fe que nada pudo menoscabar! Pocas grandes iglesias desde el nacimiento del cristianismo habrán dado al mundo un espectáculo tan hermoso. Permanecieron pues firmes en medio de las borrascas las columnas de la religion; en nada prevaricó el episcopado frances encargado de defenderla, y por consiguiente era preciso que se restableciese y que triunfase por fin.

Levántase sin embargo en medio de las ruinas y de los cadalsos un simulacro de iglesia hija del terror, y apoyada por un poder terrible; ¿pero podrá durar mucho tiempo? No, la tierra de San Luis repele el cisma y la heregía. Dios, que hace servir á los hombres á diferentes designios que los de ellos, concede entre nosotros á un mortal un poder inmenso; descarga este su brazo sobre el edificio del error, y el edificio se desploma de un extremo á otro de la Francia. Podrán todavia agitar los ánimos algunas disputas teológicas; pero el cisma cesa, la fe